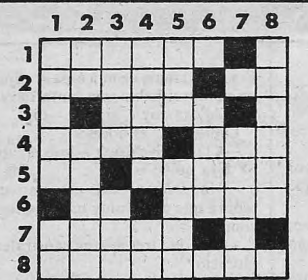
Con censura 5

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Embustero, mal pagador.
2. Derramar lágrimas. / Tazón grande sin asas.
3. Etica.
4. En algunos juegos de naipes, tomar cartas del monte. / Cavidad por la que se emite la voz.
5. Anillo. / Concreción pequeña, pl.
6. Reverberación del sonido. / Funda dos o más metales.
7. Afecto.
8. Cargaban, colmaban.

VERTICALES

1. Sufre, aguanta. / Planta crucífera hortense.
2. Lista, nómina. / Artico, perteneciente al Hemisferio Norte.
3. Perfume. / Mineral terroso, amarillo, usado en pintura.
4. Galicismo por color castaño. / Part. insep. privativa o negativa.
5. Parte delantera de una embarcación. / Maltrata, echa a perder.
6. Perilla de la oreja.
7. Compañero de colegio, profesión, etc.
8. Llenase con exceso un recipiente.

SOLUCION 4

Letra censurada: La Z.
Horizontales: 1) Zambo / Zoco. 2) Cazador. 3) Atar / Zote. 4) Pireo / Re. 5) Iza / Solas. 6) Tri / Nuez. 7) Trozo. 8) Maza / Niza.
Verticales: Acápite. 2) Matizar. 3) Bazar / Ita. 4) Odres / Ra. 5) Ozono. 6) Oro / Luzón. 7) Trae. 8) Orees / Paz.

Verano/12

Jorge Sáenz

Sueños de verano

PASAJE A LA VILLA

(Por Pablo Aldazábal) No es como Negrete, ese paraguayo que una vez se sacó el PRODE. Tampoco es rubio, aunque algunas canas blancas le van cubriendo los pelos de un pecho que se hunde, bajo el sol, en la plaza de Medicina. Está sentado en uno de los bancos, cara al Norte, y no se sacó los pantalones porque está nada más que por un ratito, descansando. No le parece muy bien que en las plazas la gente esté como en la playa.

—Sobre todo las minas, casi en bolas, al sol, provocando, mientras uno trabaja. Uno pasa con el taxi y se vuelve loco.

Será peón, pero sabe ubicarse. Hoy bajó un rato, a pensar qué va a hacer con la plata.

—No soy como esos negros, ni como los boxeadores. Ya sé lo que voy a hacer, ni siquiera me voy a ir del barrio, por ahora. A mí me gustan las herramientas. No, los fierros no.

De chico, en La Banda, ahí nomás de Santiago, trabajó en una ferretería. Una vez fue a Gesell, cuando era Villa-Villa.

—Más tranquila, aunque fueran los anteojudos. Se lo pasaban leyendo, en la playa, pero ahora todo cambió. Yo a los intelectuales no les tengo bronca. Me sé bien la historia de Gesell. Yo todavía no andaba en esto de los taxis. Tenía un amigo de esos medio locos, como esos de *Los buscavidas* que hace Brandoni con el chileno. El venía a ser el chileno.

Le vino con un cargamento de medias: nailon, y hasta lana. Media pierna y tres cuartos, de contrabando. A los dos días no habían vendido nada. Ahí se pelearon pero no para siempre, como en *Los buscavidas*. Con decir que ahora lo va a llevar de medio socio.

—Como era cabecita le erró. En ese tiempo los anteojudos usaban sandalias, pero son más finos. Uno medio bacán, medio intelectual, me dijo que un tipo bien nunca usa medias con sandalias. Así que fracasamos. Unos años después fuimos a vender sandalias; o todo había cambiado, o hacía más frío. Encima habían asfaltado la principal, de punta a punta, y a quién se le va a dar por andar con sandalias finitas, hechas por hippies, en el asfalto caliente, ¿eh?. Ahora hay más clase media. Yo sé que don Gesell se enojó por eso de que asfaltaran. Tenía razón, ahora va más clase media.

Mira hacia donde una mujer se está poniendo, en la plaza, los pantalones. Manotea la camisa.

—Y a esos venidos a más les gustan las manualidades. Así que ahora voy y pongo una ferretería fina. Como una boutique, ¿entiende? Acá en la ciudad la gente no tiene tiempo para elegir buenas herramientas, de ésas tan lindas, como vienen ahora. Las mujeres van a comprar para el jardín y los tipos para el auto. Con dos veranos ya está; me compro una *carterpillar*, los voy a ver a los descendientes de don Carlos Gesell y les ofrezco sacar todo el asfalto de la principal. Y cuando todo sea como antes, por ahí me quedo a vivir ahí, y con más plata de la que gané. Nada de tirarse a chanta.

—Pero usted ¿se sacó el PRODE?

—No. Pero mire el número que compré para el gordo de Año Nuevo.

LECTURAS

LARGA
DEL GUI
CORD

Por Mi

A los 43 años y con cu
hamacas voladoras, Hom
su única novela, *Kincon*–
escritores más personale
de su narrativa gira al
provincia de Buenos A
atestigua. En este relato
volumen que aparecerá e
sus fantasmas a una ci

Miró otra vez, pero fijo, el rabioso brillo de la guitarra bajo las luces y acarició apenas la sexta cuerda. Después de dos compases de silencio, cerró ese largo florilegio de vueltas y contravueltas que había durado como quince minutos; la última nota quedó sola, muy blanda, recortada en el aire. Había dos mesas ocupadas; antes de levantar la cabeza, supo que el débil aplauso venía de las dos mujeres que habían entrado un rato antes. En la otra mesa, una risa prolongaba el final de la música. La risa, el aplauso, se agrandaron en el sótano, rebotando en cada silla vacía, entre las mesas desordenadas y los vasos con hielo derretido. No había muchos manteles desordenados. Era miércoles y a mitad del mes. Un día flojo.

Bajó el micrófono; el ruido de sus propias manos contra el metal, amplificado por los parlantes, surgió en dos o tres rincones. Un ruido áspero, fuerte. Dejó el escenario y caminó hasta el mostrador vacío. Abrió la puerta del cuartito; el encargado, flaco, inclinado sobre unos libros, le extendió dos papeles de diez australes. Iba a decir hasta mañana.

—¿Puedo servirme otra ginebra? —dijo.

El otro asintió, sin mirarlo, empezando a manejar la máquina calculadora. Al salir cerró la puerta y se quedó mirando la hendija iluminada desde adentro, un largo hachazo en la madera mal unida. Tenía la guitarra en la mano derecha; alargó la izquierda, vaciló, por fin dio un golpe corto en la madera, con la punta de los dedos.

—Si —dijo el otro, desde adentro.

Oyó el ruido de la calculadora.

—Me olvidé la funda —dijo el guitarrista, y se quedó esperando, casi pegado a la puerta, con los ojos en la hendija de luz, hasta que empezó a empujar la puerta, despacio.

—Buscála, rápido —dijo el encargado, siempre apretando las teclas—. Y a ver si se dejan de joder, que estoy trabajando.

Cuando levantó la funda de plástico se le cayeron algunos papeles y un libro arrugado. Se apuró a levantarlos, metió trabajosamente la guitarra en su funda y después los papeles y el libro; no pudo correr todo el cierre.

—Esa funda me la vendieron chica —dijo.

El otro no contestó. El guitarrista caminó hasta la pequeña puerta. La máquina sumaba, restaba, multiplicaba.

—Bueno, hasta mañana, me voy a tomar la ginebra.

—Andá de una vez por todas —dijo el otro y apretó dos o tres teclas y cuando levantó la vista el guitarrista estaba ahí, en el marco, quieto, apretando la guitarra con el brazo derecho—. ¿Qué te pasa?

—Yo quería hablar —dijo el guitarrista—, quería preguntar si no puedo volver a cobrar treinta pesos, como antes. Con esto no me alcanza para nada.

El encargado lo miró, pensando.

—Australes —dijo—. No sé, tenés que hablar con Juan, para eso. No creo.

Volvió a cerrar la puerta, volvió a mirar la hendija de luz y a escuchar cómo se atenuaba el ruido de la calculadora. Fue hasta la estantería y se sirvió un poco de ginebra, dos dedos. Miró el líquido, apuntando el vaso hacia la luz del reflector que caía, firme, sobre el escenario muy bajo, un tablado, en mitad del salón. A un costado, en una de las dos mesas ocupadas, el pelo de una de las mujeres relampagueó. Dejó la botella y agarró otra, también de ginebra; sirvió dos dedos más en un vaso y buscó una tercera botella. Estaba casi llena y ahora hechó ginebra hasta cruzar la mitad del vaso. Caminó hacia las mesas.

Las cosas habían cambiado; Pablo y ese barbudo que no conocía estaban con las dos mujeres; Horacio y la francesa charlaban contra la pared. Eligió una silla cerca de la morocha, oyendo la voz de Pablo que martillaba, precisa, sobre la rubia. La morocha tenía una cara grande, borrosa. Lo miró.

—Hola, Pablo —le dijo.

—¿Por qué, Pablo? —dijo el guitarrista.

La morocha se dio vuelta, tocando a su amiga. El pelo de la rubia, otra vez un relámpago, giró.

—No leíste a Pavese —dijo. Tenía la voz ronca, lerda— Me llamaban Pablo porque tocaba la guitarra.

La morocha se rió, apretándole una mano.

—Era una cita —dijo—, una cita que no sirve. Pavese ya pasó, ha muerto.

—Ya sabemos que ha muerto —dijo Pablo—. Basta. Todo esto da asco. Un gesto. No escribo más —miró a la rubia—. Y se pegó un tiro.

El guitarrista tomó un trago. La ginebra, áspera como aquel ruido al bajar el micrófono. La morocha le tomó la muñeca.

—Soy Laura. Dame un trago de eso.

—No tomés más —dijo la rubia—, mirá que tenés que manejar.

—Esta es Mara —dijo Laura—, parece mi mamá pero no. Es mi amiga. Vamos al mismo analista.

—Hermanas de leche —dijo Pablo—, maman en el mismo lado.

—Me llamo Roberto —dijo el guitarrista.

—Ya sé —dijo Laura—, ya vimos los carteles. Roberto Criado.

—Criado —dijo el de la barba, volviendo a sentarse—. ¿Por quién, che?

Se rió él sólo. El guitarrista miró a Laura. Horacio se levantó y llegó hasta la mesa. Alzó un vaso.

—Caballeros —dijo, tambaleante— brindemos, las vírgenes no virgan.

—Los obispos no obispan —completó Pablo—, los funcionarios no funcionan. ¿Te gusta?

Laura dió un golpe en la mesa, torpe.

—Gelman —dijo—, puede pasar, puede pasar.

—Pero decime —dijo Pablo—, no te gusta Pavese, no te gusta Gelman, entonces ¿qué carajo te gusta?

—Ella —dijo Mara.

—Yo —dijo Laura—, me gusta lo que escribo yo.

—¿Dónde está el baño? —dijo Mara.

—Escribo poesías —dijo Laura.

—Allá al fondo —dijo Pablo— ¿querés que te acompañe?

—Y algunos cuentos —dijo Laura.

—Me arreglo solita —dijo Mara.

Se levantó. El vestido quedaba muy arriba de las rodillas. Caminaba abriendo mucho las piernas, como un hombre; pero tenía la piel dorada, firme, relampagueante como el pelo.

—Me llamo Laura. Escribo poesías. Mi marido me debe estar esperando.

Miró al de la barba, que se había levantado y hablaba con una amiga de la francesa.

—Che, vos invitaste a la mesa y ahora te vas.

—Ya vuelvo —dijo el otro.

—Entonces brindemos porque me voy al Brasil —dijo Horacio palmeando al guitarrista—. Allá te voy a conseguir un contrato para que les toqués la guitarra a los negros. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea —dijo Pablo—, Pajarito puede triunfar en el Brasil.

—Eso —dijo Horacio señalando al guitarrista.

Cuando volvió a encontrar las voces se vio estirado en la mesa, sobre los codos. Laura terminaba su ginebra, pegada a él, y Pablo abrazaba discretamente a Mara; hablaban bajo. Alzó una mano y acarició suavemente el pelo de Laura. Sintió la mano fresca mientras deslizaba los dedos entre las mechas oscuras.

—Nuestro concertista acaba de despertarse —dijo Laura— ¿Qué hacés con mi pelo?

—Nada —dijo el guitarrista— ¿Así que escribís poesía?

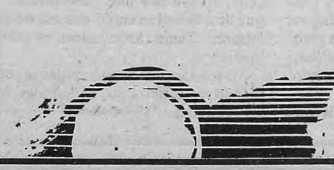
—Sí.

—Porque yo compongo. Eso último que toqué era mío.

—Se nota —dijo el de la barba—, se nota.

—Por Dios —dijo Laura—, no estarás ofreciéndome tus músicas. No me vengás con poesía folklórica a esta altura de la noche.

El guitarrista sacó un papel del bolsillo.



Era el diagrama de una tapa de disco. Se leía un nombre; había una guitarra cruzada.

—Ahora voy a grabar —dijo.

Laura miró el boceto.

—Clarita Sveldrick —leyó en voz alta—. ¿Y esta quién es?

—Una señora —dijo el guitarrista—, una señora que canta muy bien y quiere grabar conmigo.

—Le da trescientos australes —dijo Horacio.

—Trescientos cincuenta —dijo el guitarrista.

—¿Y tu nombre? —dijo Laura— ¿tu nombre no va en la tapa?

El guitarrista volvió a doblar el dibujo, lo guardó en el bolsillo. Las voces se iban perdiendo otra vez. Apoyó los codos en la mesa. Después sintió una mano en los hombros.

—No —dijo—, tenés razón. No lo pusieron en el boceto porque no sabían con qué nombre artístico quería figurar.

—Se fueron —dijo la francesa—, a ver si te despertás de una vez que hay que cerrar.

La calle era una sola bocanada de viento, al final de la escalera. Había llovido; la poca luz de Talcahuano se hacía más difícil en los charcos. El viento levantaba, suave y persistente, un aire que chocaba en el pecho del guitarrista. El guitarrista se puso la guitarra contra el pecho; la sostenía con las dos manos y abajo sonó alguna cuerda, apagada. Pasó un colectivo, trayendo aire más duro.

—Tenés frío —dijo la francesa.

—Un poco —dijo el guitarrista, empezando a caminar.

En el bar de la esquina arreciaba la luz. Por Corrientes pasaban los taxis a marcha lenta. Adentro hacía calor. Se sentaron y la francesa hizo las presentaciones. Carlos era negro, más bien mulato. Debía ser haitiano, o algo así. El guitarrista buscó un espejo, en algún lugar; allá atrás, entre las botellas, se vio la piel blanca de la cara, el cuello tirando a ceniza. En la cara del negro jugaba la luz, se perdía, resucitaba en el hueco de los ojos y volvía a morir en el hueco de la nariz.

—Yo soy Nina —dijo la muchacha.

El negro se reía.

—Ella es Nina —remedó con voz aflautada.

Nina hechó la cabeza hacia atrás, sonriendo. Tenía el cuello blanco, largo; el pelo agresivo. Se acercó el mozo. El guitarrista miró a la francesa.

—Sí —dijo la francesa.

—Nina, ninita —cantó Nina—, niñita, ita, feíta.

—No sos fea —dijo el guitarrista.

La francesa se sacaba el tapado, pedía fuego con el cigarrillo sostenido en los labios. El guitarrista se sacó el sobretodo; en el espejo, al fondo, el sobretodo era una mancha gris, desordenada.

—Ya sé —dijo Nina, y echó otra vez la cabeza hacia atrás, sonriendo. Tenía el cuello blanco, largo; el pelo raro. El mozo se inclinó sobre la mesa. El guitarrista miró a la francesa.

—Si —repitió la francesa.

—Un especial —dijo el guitarrista; volvió a mirar a la francesa, la francesa miró a Nina, Nina señaló con un gesto al negro que miraba por la ventana, la francesa asintió torciendo la cara, el guitarrista miró al mozo—, un especial bien cargado y un café con leche.

—Linda hora para la lechita —dijo el negro.

—Un invitado —anunció el mozo, mientras se iba.

El tipo tendría unos cincuenta años. Era alto, grueso, colorado. Cuando se inclinó para darle la mano al negro, el guitarrista encontró ese olor agrio de la caña o de la ginebra prendido a la ropa: un traje marrón, muy gastado; una camisa roja a cuadros, con el cuello cerrado por un moñito de cuerda con un triángulo de nácar brillante.

—Quiroga —dijo Carlos, el negro—, gran boxeador. Unos amigos.

El guitarrista tanteó una silla, pero Carlos le hizo un gesto negativo, frunciendo los labios. El boxeador apoyó las manos en la mesa.

—Si son amigos del señor Carlos son amigos míos —dijo, y extendió las manos. El guitarrista estrechó la derecha: era amplia, fuerte.

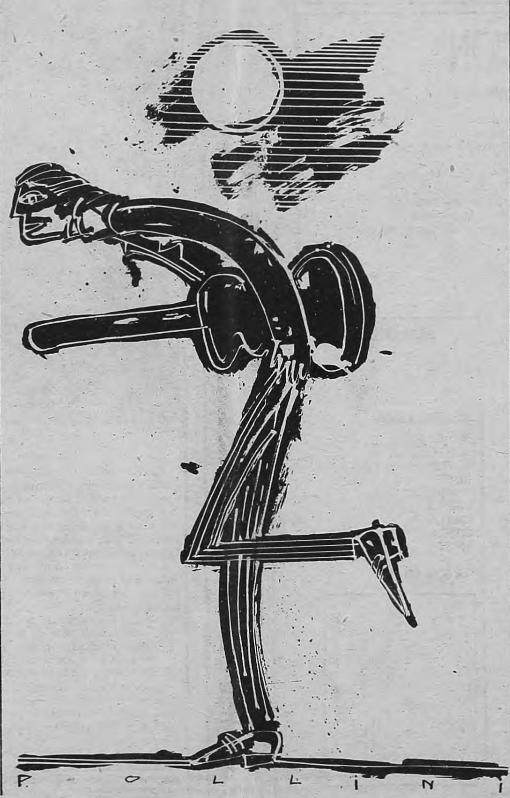
Desde tres mesas más allá llegó la risa de Pablo. El guitarrista los miró. Pablo abrazaba a la rubia, el de la barba sostenía la mano de Laura, que se bamboleaba en la silla. El boxeador volvió a moverse, sin saber qué hacer, y tapó el pelo de Mara: se veía apenas una parte, entre el hueco que dejaba un



LARGA NOCHE DEL GUITARRISTA CORDOBES

Por Miguel Briante

A los 43 años y con cuatro libros publicados —*Las hamacas voladoras, Hombre en la orilla, Ley de juego* y su única novela, *Kincon*— Briante parece ser uno de los escritores más personales de su generación. Gran parte de su narrativa gira alrededor de un pueblo de la provincia de Buenos Aires y del río que lo rodea y atestigua. En este relato inédito, que forma parte de un volumen que aparecerá el año próximo, Briante traslada sus fantasmas a una ciudad inquietante y ambigua.





Miró otra vez, pero fijo, el rabioso brillo de la guitarra bajo las luces y acarició apenas la sexta cuerda. Después de dos compases de silencio, cerró ese largo florilegio de vueltas y contravueltas que había durado como quince minutos; la última nota quedó sola, muy blanda, recortada en el aire. Había dos mesas ocupadas; antes de levantar la cabeza, supo que el débil aplauso venía de las dos mujeres que habían entrado un rato antes. En la otra mesa, una risa prolongaba el final de la música. La risa, el aplauso, se agrandaron en el sótano, rebotando en cada silla vacía, entre las mesas desordenadas y los vasos con hielo derretido. No había muchos manteles desordenados. Era miércoles y a mitad del mes. Un día flojo.

Bajó el micrófono; el ruido de sus propias manos contra el metal, amplificado por los parlantes, surgió en dos o tres rincones. Un ruido áspero, fuerte. Dejó el escenario y caminó hasta el mostrador vacío. Abrió la puerta del cuartito; el encargado, flaco, inclinado sobre unos libros, le extendió dos papeles de diez australes. Iba a decir hasta mañana.

—¿Puedo servirme otra ginebra? —dijo.

El otro asintió, sin mirarlo, empezando a manejar la máquina calculadora. Al salir cerró la puerta y se quedó mirando la hendija iluminada desde adentro, un largo hachazo en la madera mal unida. Tenía la guitarra en la mano derecha; alargó la izquierda, vaciló, por fin dio un golpe corto en la madera, con la punta de los dedos.

—Sí —dijo el otro, desde adentro.

Oyó el ruido de la calculadora.

—Me olvidé la funda —dijo el guitarrista, y se quedó esperando, casi pegado a la puerta, con los ojos en la hendija de luz, hasta que empezó a empujar la puerta, despacio.

—Buscála, rápido —dijo el encargado, siempre apretando las teclas—. Y a ver si se dejan de joder, que estoy trabajando.

Cuando levantó la funda de plástico se le cayeron algunos papeles y un libro arrugado. Se apuró a levantarlos, metió trabajosamente la guitarra en su funda y después los papeles y el libro; no pudo correr todo el cierre.

—Esa funda me la vendieron chica —dijo.

El otro no contestó. El guitarrista caminó hasta la pequeña puerta. La máquina sumaba, restaba, multiplicaba.

—Bueno, hasta mañana, me voy a tomar la ginebra.

—Andá de una vez por todas —dijo el otro y apretó dos o tres teclas y cuando levantó la vista el guitarrista estaba ahí, en el marco, quieto, apretando la guitarra con el brazo derecho—. ¿Qué te pasa?

—Yo quería hablar —dijo el guitarrista—, quería preguntar si no puedo volver a cobrar treinta pesos, como antes. Con esto no me alcanza para nada.

El encargado lo miró, pensando.

—Australes —dijo—. No sé, tenés que hablar con Juan, para eso. No creo.

Volvió a cerrar la puerta, volvió a mirar la hendija de luz y a escuchar cómo se atenuaba el ruido de la calculadora. Fue hasta la estantería y se sirvió un poco de ginebra, dos dedos. Miró el líquido, apuntando el vaso hacia la luz del reflector que caía, firme, sobre el escenario muy bajo, un tablado, en mitad del salón. A un costado, en una de las dos mesas ocupadas, el pelo de una de las mujeres relampagueó. Dejó la botella y agarró otra, también de ginebra; sirvió dos dedos más en un vaso y buscó una tercera botella. Estaba casi llena y ahora hechó ginebra hasta cruzar la mitad del vaso. Caminó hacia las mesas.

Las cosas habían cambiado; Pablo y ese barbudo que no conocía estaban con las dos mujeres; Horacio y la francesa charlaban contra la pared. Eligió una silla cerca de la morocha, oyendo la voz de Pablo que martillaba, precisa, sobre la rubia. La morocha tenía una cara grande, borrosa. Lo miró.

—Hola, Pablo —le dijo.

—¿Por qué, Pablo? —dijo el guitarrista.

La morocha se dio vuelta, tocando a su amiga. El pelo de la rubia, otra vez un relámpago, giró.

—No leíste a Pavese —dijo. Tenía la voz ronca, lerda— Me llamaban Pablo porque tocaba la guitarra.

La morocha se rió, apretándole una mano.

—Era una cita —dijo—, una cita que no sirve. Pavese ya pasó, ha muerto.

—Ya sabemos que ha muerto —dijo Pablo—. Basta. Todo esto da asco. Un gesto. No escribo más —miró a la rubia—. Y se pegó un tiro.

El guitarrista tomó un trago. La ginebra, áspera como aquel ruido al bajar el micrófono. La morocha le tomó la muñeca.

—Soy Laura. Dame un trago de eso.

—No tomés más —dijo la rubia—, mirá que tenés que manejar.

—Esta es Mara —dijo Laura—, parece mi mamá pero no. Es mi amiga. Vamos al mismo analista.

—Hermanas de leche —dijo Pablo—, maman en el mismo lado.

—Me llamo Roberto —dijo el guitarrista.

—Ya sé —dijo Laura—, ya vimos los carteles. Roberto Criado.

—Criado —dijo el de la barba, volviendo a sentarse—. ¿Por quién, che?

Se rió él sólo. El guitarrista miró a Laura. Horacio se levantó y llegó hasta la mesa. Alzó un vaso.

—Caballeros —dijo, tambaleante— brindemos, las vírgenes no virgan.

—Los obispos no obispan —completó Pablo—, los funcionarios no funcionan. ¿Te gusta?

Laura dió un golpe en la mesa, torpe.

—Gelman —dijo—, puede pasar, puede pasar.

—Pero decime —dijo Pablo—, no te gusta Pavese, no te gusta Gelman, entonces ¿qué carajo te gusta?

—Ella —dijo Mara.

—Yo —dijo Laura—, me gusta lo que escribo yo.

—¿Dónde está el baño? —dijo Mara.

—Escribo poesías —dijo Laura.

—Allá al fondo —dijo Pablo— ¿querés que te acompañe?

—Y algunos cuentos —dijo Laura.

—Me arreglo solita —dijo Mara.

Se levantó. El vestido quedaba muy arriba de las rodillas. Caminaba abriendo mucho las piernas, como un hombre; pero tenía la piel dorada, firme, relampagueante como el pelo.

—Me llamo Laura. Escribo poesías. Mi marido me debe estar esperando.

Miró al de la barba, que se había levantado y hablaba con una amiga de la francesa.

—Che, vos invitaste a la mesa y ahora te vas.

—Ya vuelvo —dijo el otro.

—Entonces brindemos porque me voy al Brasil —dijo Horacio palmeando al guitarrista—. Allá te voy a conseguir un contrato para que les toqués la guitarra a los negros. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea —dijo Pablo—, Pajarito puede triunfar en el Brasil.

—Eso —dijo Horacio señalando al guitarrista.

Cuando volvió a encontrar las voces se vio estirado en la mesa, sobre los codos. Laura terminaba su ginebra, pegada a él, y Pablo abrazaba discretamente a Mara; hablaban bajo. Alzó una mano y acarició suavemente el pelo de Laura. Sintió la mano fresca mientras deslizaba los dedos entre las mechas oscuras.

—Nuestro concertista acaba de despertarse —dijo Laura— ¿Qué hacés con mi pelo?

—Nada —dijo el guitarrista— ¿Así que escribís poesía?

—Sí.

—Porque yo compongo. Eso último que toqué era mío.

—Se nota —dijo el de la barba—, se nota.

—Por Dios —dijo Laura—, no estarás ofreciéndome tus músicas. No me vengás con poesía folklórica a esta altura de la noche.

El guitarrista sacó un papel del bolsillo. Era el diagrama de una tapa de disco. Se leía un nombre; había una guitarra cruzada.

—Ahora voy a grabar —dijo.

Laura miró el boceto.

—Clarita Sveldrick —leyó en voz alta—. ¿Y esta quién es?

—Una señora —dijo el guitarrista—, una señora que canta muy bien y quiere grabar conmigo.

—Le da trescientos australes —dijo Horacio.

—Trescientos cincuenta —dijo el guitarrista.

—¿Y tu nombre? —dijo Laura— ¿tu nombre no va en la tapa?

El guitarrista volvió a doblar el dibujo, lo guardó en el bolsillo. Las voces se iban perdiendo otra vez. Apoyó los codos en la mesa. Después sintió una mano en los hombros.

—No —dijo—, tenés razón. No lo pusieron en el boceto porque no sabían con qué nombre artístico quería figurar.

—Se fueron —dijo la francesa—, a ver si te despertás de una vez que hay que cerrar.

La calle era una sola bocanada de viento, al final de la escalera. Había llovido; la poca luz de Talcahuano se hacía más difícil en los charcos. El viento levantaba, suave y persistente, un aire que chocaba en el pecho del guitarrista. El guitarrista se puso la guitarra contra el pecho; la sostenía con las dos manos y abajo sonó alguna cuerda, apagada. Pasó un colectivo, trayendo aire más duro.

—Tenés frío —dijo la francesa.

—Un poco —dijo el guitarrista, empezando a caminar.

En el bar de la esquina arreciaba la luz. Por Corrientes pasaban los taxis a marcha lenta. Adentro hacía calor. Se sentaron y la francesa hizo las presentaciones. Carlos era negro, más bien mulato. Debía ser haitiano, o algo así. El guitarrista buscó un espejo, en algún lugar; allá atrás, entre las botellas, se vio la piel blanca de la cara, el cuello tirando a ceniza. En la cara del negro jugaba la luz, se perdía, resucitaba en el hueco de los ojos y volvía a morir en el hueco de la nariz.

—Yo soy Nina —dijo la muchacha.

El negro se reía.

—Ella es Nina —remedó con voz aflautada.

Nina hechó la cabeza hacia atrás, sonriendo. Tenía el cuello blanco, largo; el pelo agresivo. Se acercó el mozo. El guitarrista miró a la francesa.

—Sí —dijo la francesa.

—Nina, ninita —cantó Nina—, niñita, ita, feíta.

—No sos fea —dijo el guitarrista.

La francesa se sacaba el tapado, pedía fuego con el cigarrillo sostenido en los labios. El guitarrista se sacó el sobretodo; en el espejo, al fondo, el sobretodo era una mancha gris, desordenada.

—Ya sé —dijo Nina, y echó otra vez la cabeza hacia atrás, sonriendo. Tenía el cuello blanco, largo; el pelo raro. El mozo se inclinó sobre la mesa. El guitarrista miró a la francesa.

—Sí —repitió la francesa.

—Un especial —dijo el guitarrista; volvió a mirar a la francesa, la francesa miró a Nina, Nina señaló con un gesto al negro que miraba por la ventana, la francesa asintió torciendo la cara, el guitarrista miró al mozo—, un especial bien cargado y un café con leche.

—Linda hora para la lechita —dijo el negro.

—Un invitado —anunció el mozo, mientras se iba.

El tipo tendría unos cincuenta años. Era alto, grueso, colorado. Cuando se inclinó para darle la mano al negro, el guitarrista encontró ese olor agrio de la caña o de la ginebra prendido a la ropa: un traje marrón, muy gastado; una camisa roja a cuadros, con el cuello cerrado por un moñito de cuerda con un triángulo de nácar brillante.

—Quiroga —dijo Carlos, el negro—, gran boxeador. Unos amigos.

El guitarrista tanteó una silla, pero Carlos le hizo un gesto negativo, frunciendo los labios. El boxeador apoyó las manos en la mesa.

—Si son amigos del señor Carlos son amigos míos —dijo, y extendió las manos. El guitarrista estrechó la derecha: era amplia, fuerte.

Desde tres mesas más allá llegó la risa de Pablo. El guitarrista los miró. Pablo abrazaba a la rubia, el de la barba sostenía la mano de Laura, que se bamboleaba en la silla. El boxeador volvió a moverse, sin saber qué hacer, y tapó el pelo de Mara: se veía apenas una parte, entre el hueco que dejaba un brazo del tipo, y era como ese hachazo brillante, allá abajo, en la puerta del despacho.

—Este era bueno —dijo Carlos—, llegó a pelear con Rivero, por el campeonato.

Las manos del boxeador se doblaron, como tenazas, en el borde de la mesa. Se apartó apenas para dejar pasar al mozo. Otro silencio.

—Sí que era bueno —la voz quebrada, como piedras chocando—, pero mucho golpe, mucho golpe. Ahora me dedico a leer, miro la vida, me gusta aprender, discutir de la humanidad con los amigos.

Carlos se tocó la sien con un dedo: estiró los labios atajando la risa. El boxeador se inclinó hacia Nina.

—¿Ustedes son del arte? —dijo.

Nina lo miró sonriendo.

—Sí —dijo—, más o menos.

—Me alegro, me alegro, porque yo fuí del deporte.

Nina se rió, fuerte. El guitarrista miraba los bolsillos del boxeador, abultados por algunos papeles que sobresalían.

—Pero ahora no —decía Quiroga—, ahora no. Demasiados golpes lo dejan loco a uno. Es mejor ser de la noche, de la filosofía. Yo leo mucho.

—¿Y qué lee? —preguntó Nina.

—De todo. Ingenieros, Almafuerte. Lo mejor es ser de la vida, yo no quise terminar como los otros.

Hizo un amplio ademán señalando la calle. Las mangas deshilachadas del saco oscilaron frente al guitarrista. El guitarrista se miró las mangas: había un hilo, uno solo, suelto. Lo arrancó cuidadosamente, tapándolo con el hueco de la mano. Nina lo estaba mirando.

—Está bien —dijo Carlos, repentino—, no vengás con discursos que es muy tarde —sacó un billete de cincuenta pesos y se lo estiró a Quiroga—, andá, tomate algo. Esta es una reunión de intelectuales.

El boxeador miró el billete; lo dobló en cuatro y lo metió en el bolsillo interior del saco.

—Con mucho gusto, señor Carlos —les dio la mano, uno por uno—. Y ya sabe, Quiroga, para servirlos.

Se fue al mostrador. Pablo llegaba en ese momento. Dio la mano al negro. Le costaba hablar; tenía los ojos brillosos, olía a whisky. En el mostrador, Quiroga se juntó con un tipo de cara aindiada, de bigote finito y cabeza lustrosa de gomina. Se abrazaron frente a la caja mientras el dueño los miraba. Pablo hablaba a Carlos.

—Dame un rubio, o dos —dijo—. Perdoná que hace tanto tiempo que no te veo y lo primero que hago es mangarte. Pero me quedé sin puchos.

Carlos sacó un atado, despacio. Miró a Pablo.

—¿Qué es de tu vida? —dijo Pablo.

—Ahí ando —dijo el negro—. Parece que te estás divirtiendo.

—Un poco —dijo Pablo—, un poco. Son dos locas que cayeron hace un rato. Pajarito se enamoró de una —miró a Nina—. Parece que ustedes también se divierten.

—Yo no mucho —dijo Carlos—, acabo de perder a mi mujer.

—No te aflijas —dijo Pablo—, yo la largué anoche. Pero ya ves Buenos Aires está lleno de mujeres.

—No, viejo, no es eso —Carlos se había parado; apretaba el paquete de cigarrillos en la mano y se acercaba a Pablo—, no. Acabo de enterrarla, vengo de eso. Murió anoche.

Pablo se paró, con las piernas temblando. El guitarrista le miró la cara. No encontraba la actitud justa, las palabras. Palmeó el hombro de Carlos.

—Carajo, no se qué decirte.

La francesa miraba, asombrada, a Carlos. Nina asentía con gestos dramáticos. Carlos tiraba un cigarrillo atrás de otro en las manos de Pablo. Pablo decía.

—No, con dos está bien, nos alcanza.

Y Carlos decía.

—Tomá, divertite, viejo, divertite, andá llevales a las minas que están esperando.

Y Nina le tocó el hombro al guitarrista y le dijo:

—¿Vos tocás allá abajo?

Y el guitarrista dijo:

—Sí. Ahora voy a grabar.

Extendió sobre la mesa el boceto de la tapa del disco, cada vez más arrugado. Nina miró mucho. Pablo y Carlos luchaban, entre los cigarrillos y la manera de despedirse.

—Y vos ¿cómo te llamás? —dijo Nina, dejando a un lado la cartulina.

El guitarrista la dobló. Carlos llamó al mozo.

—Vamos —dijo, sacudiendo la solapa del guitarrista—, ahora me acuerdo de un lugar donde podés tocar.

El guitarrista también pidió vino. Era un rosado suave, que no oponía resistencia.

—Refrescá el garguero, payador —dijo Carlos.

Había un gordo cerca de la entrada, ya borracho; las mesas vacías, el dueño medio dormido atrás del mostrador. Nina servía el vino: en el vaso de Carlos puso apenas dos dedos. Carlos, sonriendo, tomó la jarra y llenó el vaso hasta el borde.

—No tengo el vino malo, Nina, no tengás miedo que no me voy a poner sentimental. Si se muere sigue siendo tuya, entendés, ya no hay peligro de que te meta los cuernos.

El guitarrista afinó las cuerdas. Pulsó una y la sintió vibrar, tensa. El ruido, cálido, tapó las voces en sordina del boliche. Nina le alcanzó un vaso.

—Tenés lindas manos —le dijo.

—Manos de guitarrista —dijo el guitarrista, y la sangre se le amontonó en la cara—. Las tuyas son lindas, también.

—Manos de un carajo —dijo Nina, con la cara cada vez más blanca, más lisa—. Tocá algo.

El guitarrista tenía el sobretodo puesto y buscaba algo en los bolsillos. Alineó sobre la mesa las cosas que iba sacando: un tubo de pasta dentrífica, un peine, un pañuelo, un cepillo de dientes, un pote de crema de afeitar, una maquinita de afeitar, un papel doblado, una lata muy chica de pomada para zapatos. Los demás miraban cada objeto, concentrados en el golpe corto, seco, con que se apoyaban en la mesa. Casi no se miraban.

—El guardarropa —dijo la francesa, guiñando un ojo.

—Me lo olvidé —dijo el guitarrista, pasando los ojos por la mesa—, me olvidé el transporte.

Empezó a guardar las cosas, una por una.

—¿Qué tiene que ver? —dijo Carlos—. Podés tocar lo mismo.

—Sí, claro. Lo que pasa que mañana tengo que estudiar, y ellos recién abren a las nueve de la noche. Y además tengo que grabar.

Se palpó el bolsillo, aludiendo al boceto de la tapa del disco.

—Yo te llevo, total tardamos diez minutos —dijo Nina, Levantándose, alzándolo casi del cuello y arrastrándolo mientras la voz de Carlos, protestando, se perdía atrás y en la cortada la noche era un pozo húmedo, frío.

Un cartel cruzaba los diez pisos de un hotel alojamiento.

—El más caro de Buenos Aires —dijo Nina—. ¿No viniste nunca? En dos horas podrás hacer el amor tres veces, si te apurás. Sacá la cuenta.

Subieron al coche. Era como entrar al bar: hacía calor y esa sensación de estar protegido de la ciudad, de la noche. El guitarrista paseó las manos por el tapizado: era suave, daban ganas de recostarse, de dormir, Nina le alborotó el pelo, mientras ponía el arranque.

—Así que sos cordobés —dijo—. ¿De dónde?

—De Aguada del Monte, pero criado en la ciudad.

—¿Qué hacías antes? ¿Criabas cabras?

—Sí, criaba cabras.

Sin reírse, ninguno de los dos. Nina miraba adelante, mientras manejaba. El guitarrista hacía rodar en la boca el gusto del vino; el mismo vino le nublaba los ojos (luces verdes rojas el pelo de Nina al costado los vidrios) y le entorpecía los huesos; las manos se le iban durmiendo. Cuando el coche frenó Juan estaba bajando la persiana.

—Pajarito —dijo— ¿qué hacés?

El coche había quedado unos metros atrás. Nina prendía un cigarrillo: la llama pegaba en los vidrios, daba de vuelta en su cara, la hacía más flaca.

—Me olvidé el transporte —dijo el guitarrista.

—Andá, bajá, apurate ¿con quién estás?

—Con una amiga.

Nina se asomó, después bajó del coche, estirando las piernas. Tenía uno de esos vestidos de tela suave, como piel, que entraba en sus caderas, con ritmo.

—Juan —gritó Nina— ¿sos vos?

Se acercó corriendo y lo besó en la mejilla, entusiasmada. El guitarrista bajó la escalera, buscando la luz. La encontró, el sótano subía: las mesas desordenadas, las sillas, el piano abierto.

—Apagá todas las luces —le gritó Juan, cuando ya subía la escalera.

Nina se apoyaba en los hombros de Juan, jugaba con una punta de su corbata. Juan bajó la persiana de un tirón y le estiró la llave.

—Cerrá —ordenó.

Mientras daba vueltas a la llave, agachado, vió que Nina tenía una media corrida: una línea torsida en la que su pierna se hacía más blanca. Rozó con los dedos la pierna, el suave, suave nailon.

—¿Qué hacés? —dijo Nina.

—Tenés la media corrida —dijo el guitarrista.

—Cuidado con Pajarito —dijo Juan—, es peligroso.

Cruzaron otra vez las calles: el Peugeot tiraba adelante, volvía a recuperar los aledaños del bajo, oscuro bajo la llovizna. El vino se iba yendo; los huesos volvían a dolerle, a despertarlo. Cuando entraron en la cortada, arrancaba un patrullero.

—La cana —dijo Juan—, frená.

El coche paraba de a poco.

—¿A que se los llevaron? —dijo Nina— El negro estaba regalado.

Estacionaron cerca de la puerta; el guitarrista abrió la ventanilla. Ahí estaba el dueño, con la guitarra en la mano.

—La chica esa francesa no tenía documentos —dijo—; fueron los dos. Acá quedó esto.

El guitarrista alcanzó la guitarra, tratando de meterla por la ventanilla sin tocar los vidrios. Alguien había abierto la funda; los papeles estaban amontonados, en desorden, asomando por el cierre corrido. Cuando salieron de la cortada, iba siendo de día, y una niebla lenta quebraba los edificios. Entraba frío, por algún lado. Nina lo miró por el espejo retrovisor.

—Te llevamos —dijo— ¿para dónde vas?

—Al centro —dijo el guitarrista—, dejenmé ahí nomás, en Talcahuano.

Del otro lado del Obelisco ya pasaban diarieros, camiones de basura, repartidores de pan. Se bajó en la misma esquina de la que habían salido. Parado en el cordón, golpeó la ventanilla. Juan abrió con desgano.

—Yo tenía que hablarte —dijo—, es por la plata de mi actuación.

—¿A esta hora? —dijo Juan— Hablamos mañana che.

Ya volvía a subir la ventanilla; se vio, contra la cara de Juan, inclinado para hablarle.

—Bueno, mañana. Pero llego más tarde, tengo que grabar.

La ventanilla volvió a bajar; cruzada sobre Juan, Nina le estiraba la mano.

—Bueno, hasta mañana —le dijo—, lástima que no pude escucharte. Una de estas noches vengo. ¿Cómo era que te llamabas?

El coche pegó un salto hacia adelante, esquivó un tacho de basura y picó por Talcahuano, dobló en Sarmiento. El guitarrista se levantó la solapa del sobretodo y entró al bar. Estaban baldeando y el agua lo arrinconó contra una mesa del fondo. Pidió un café por señas y casi enseguida el ruido del pocillo contra la mesa le hizo separar la cara del vidrio, desde donde la calle se miraba recta, profunda. Pagó ahí mismo y tomó el café despacio, revolviendo con la cuchara entre sorbo y sorbo. De algún lugar sacó un cigarrillo a medio consumir y una caja de fósforos. Trató de prender uno; estaban húmedos. El mozo estaba lejos, en el mostrador, y fumaba despacio. Guardó el cigarrillo. Con la manga limpió la mesa, y sacó el proyecto de la tapa. Alisó con las uñas las arrugas de la cartulina. Miró trazo por trazo: la guitarra cruzada, el título, el nombre de la mujer en letras barrocas, altas. Sacó un papelito del bolsillo. Miró el reloj. Con el papel en la mano fue hasta el teléfono y marcó. El timbrazo, allá, sonó durante un rato largo; puso el tubo a unos centímetros de sus oídos hasta que escuchó la voz.

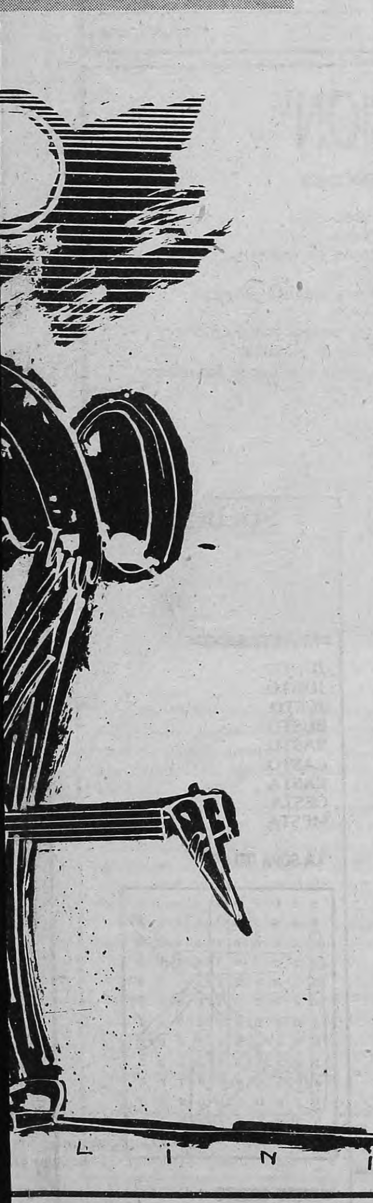
—Señora Clarita —dijo—, habla el guitarrista.

Del otro lado hubo un murmullo apagado, dormido, y por fin el clic. Después la línea vacía, el viento. Colgó despacio y se acercó al mozo, mientras buscaba el cigarrillo a medio fumar.

A NOCHE
TARRISTA
DOBES

guel Briante

atro libros publicados —*Las bre en la orilla, Ley de juego* y - Briante parece ser uno de los s de su generación. Gran parte redeor de un pueblo de la ires y del río que lo rodea y inédito, que forma parte de un l año próximo, Briante traslada udad inquietante y ambigua.



brazo del tipo, y era como ese hachazo brillante, allá abajo, en la puerta del despacho.

—Este era bueno —dijo Carlos—, llegó a pelear con Rivero, por el campeonato.

Las manos del boxeador se doblaron, como tenazas, en el borde de la mesa. Se apartó apenas para dejar pasar al mozo. Otro silencio.

—Sí que era bueno —la voz quebrada, como piedras chocando—, pero mucho golpe, mucho golpe. Ahora me dedico a leer, miro la vida, me gusta aprender, discutir de la humanidad con los amigos.

Carlos se tocó la sien con un dedo: estiró los labios atajando la risa. El boxeador se inclinó hacia Nina.

—¿Ustedes son del arte? —dijo.

Nina lo miró sonriendo.

—Sí —dijo—, más o menos.

—Me alegro, me alegro, porque yo fui del deporte.

Nina se rió, fuerte. El guitarrista miraba los bolsillos del boxeador, abultados por algunos papeles que sobresalían.

—Pero ahora no —decía Quiroga—, ahora no. Demasiados golpes lo dejan loco a uno. Es mejor ser de la noche, de la filosofía. Yo leo mucho.

—¿Y qué lee? —preguntó Nina.

—De todo. Ingenieros, Almafuerte. Lo mejor es ser de la vida, yo no quise terminar como los otros.

Hizo un amplio ademán señalando la calle. Las mangas deshilachadas del saco oscilaron frente al guitarrista. El guitarrista se miró las mangas: había un hilo, uno solo, suelto. Lo arrancó cuidadosamente, tapándolo con el hueco de la mano. Nina lo estaba mirando.

—Está bien —dijo Carlos, repentino—, no vengás con discursos que es muy tarde —sacó un billete de cincuenta pesos y se lo estiró a Quiroga—, andá, tomate algo. Esta es una reunión de intelectuales.

El boxeador miró el billete; lo dobló en cuatro y lo metió en el bolsillo interior del saco.

—Con mucho gusto, señor Carlos —les dio la mano, uno por uno—. Y ya sabe, Quiroga, para servirlos.

Se fue al mostrador. Pablo llegaba en ese momento. Dio la mano al negro. Le costaba hablar; tenía los ojos brillosos, olía a whisky. En el mostrador, Quiroga se juntó con un tipo de cara aindiada, de bigote finito y cabeza lustrosa de gomina. Se abrazaron frente a la caja mientras el dueño los miraba. Pablo hablaba a Carlos.

—Dame un rubio, o dos —dijo—. Perdoná que hace tanto tiempo que no te veo y lo primero que hago es mangarte. Pero me quedé sin puchos.

Carlos sacó un atado, despacio. Miró a Pablo.

—¿Qué es de tu vida? —dijo Pablo.

—Ahí ando —dijo el negro—. Parece que te estás divirtiendo.

—Un poco —dijo Pablo—, un poco. Son dos locas que cayeron hace un rato. Pajarito se enamoró de una —miró a Nina—. Parece que ustedes también se divierten.

—Yo no mucho —dijo Carlos—, acabo de perder a mi mujer.

—No te aflijas —dijo Pablo—, yo la largué anoche. Pero ya ves Buenos Aires está lleno de mujeres.

—No, viejo, no es eso —Carlos se había parado; apretaba el paquete de cigarrillos en la mano y se acercaba a Pablo—, no. Acabo de enterrarla, vengo de eso. Murió anoche.

Pablo se paró, con las piernas temblando. El guitarrista le miró la cara. No encontraba la actitud justa, las palabras. Palmeó el hombro de Carlos.

—Carajo, no se qué decirte.

La francesa miraba, asombrada, a Carlos. Nina asentía con gestos dramáticos. Carlos tiraba un cigarrillo atrás de otro en las manos de Pablo. Pablo decía.

—No, con dos está bien, nos alcanza.

Y Carlos decía.

—Tomá, divertite, viejo, divertite, andá llevales a las minas que están esperando.

Y Nina le tocó el hombro al guitarrista y le dijo:

—¿Vos tocás allá abajo?

Y el guitarrista dijo:

—Sí. Ahora voy a grabar.

Extendió sobre la mesa el boceto de la tapa del disco, cada vez más arrugado. Nina miró mucho. Pablo y Carlos luchaban, entre los cigarrillos y la manera de despedirse.

—Y vos ¿cómo te llamás? —dijo Nina, dejando a un lado la cartulina.

El guitarrista la dobló. Carlos llamó al mozo.

—Vamos —dijo, sacudiendo la solapa del guitarrista—, ahora me acuerdo de un lugar donde podés tocar.

El guitarrista también pidió vino. Era un rosado suave, que no oponía resistencia.

—Refrescá el garguero, payador —dijo Carlos.

Había un gordo cerca de la entrada, ya borracho; las mesas vacías, el dueño medio dormido atrás del mostrador. Nina servía el vino: en el vaso de Carlos puso apenas dos dedos. Carlos, sonriendo, tomó la jarra y llenó el vaso hasta el borde.

—No tengo el vino malo, Nina, no tengás miedo que no me voy a poner sentimental. Si se muere sigue siendo tuya, entendés, ya no hay peligro de que te meta los cuernos.

El guitarrista afinó las cuerdas. Pulsó una y la sintió vibrar, tensa. El ruido, cálido, tapó las voces en sordina del boliche. Nina le alcanzó un vaso.

—Tenés lindas manos —le dijo.

—Manos de guitarrista —dijo el guitarrista, y la sangre se le amontonó en la cara—. Las tuyas son lindas, también.

—Manos de un carajo —dijo Nina, con la cara cada vez más blanca, más lisa—. Tocá algo.

El guitarrista tenía el sobretodo puesto y buscaba algo en los bolsillos. Alineó sobre la mesa las cosas que iba sacando: un tubo de pasta dentrífica, un peine, un pañuelo, un cepillo de dientes, un pote de crema de afeitar, una maquinita de afeitar, un papel doblado, una lata muy chica de pomada para zapatos. Los demás miraban cada objeto, concentrados en el golpe corto, seco, con que se apoyaban en la mesa. Casi no se miraban.

—El guardarropa —dijo la francesa, guiñando un ojo.

—Me lo olvidé —dijo el guitarrista, pasando los ojos por la mesa—, me olvidé el transporte.

Empezó a guardar las cosas, una por una.

—¿Qué tiene que ver? —dijo Carlos—. Podés tocar lo mismo.

—Sí, claro. Lo que pasa que mañana tengo que estudiar, y ellos recién abren a las nueve de la noche. Y además tengo que grabar.

Se palpó el bolsillo, aludiendo al boceto de la tapa del disco.

—Yo te llevo, total tardamos diez minutos —dijo Nina, Levantándose, alzándolo casi del cuello y arrastrándolo mientras la voz de Carlos, protestando, se perdía atrás y en la cortada la noche era un pozo húmedo, frío.

Un cartel cruzaba los diez pisos de un hotel alojamiento.

—El más caro de Buenos Aires —dijo Nina—. ¿No viniste nunca? En dos horas podrás hacer el amor tres veces, si te apurás. Sacá la cuenta.

Subieron al coche. Era como entrar al bar: hacia calor y esa sensación de estar protegido de la ciudad, de la noche. El guitarrista paseó las manos por el tapizado: era suave, daban ganas de recostarse, de dormir, Nina le alborotó el pelo, mientras ponía el arranque.

—Así que sos cordobés —dijo—. ¿De dónde?

—De Aguada del Monte, pero criado en la ciudad.

—¿Qué hacías antes? ¿Criabas cabras?

—Sí, criaba cabras.

Sin reírse, ninguno de los dos. Nina miraba adelante, mientras manejaba. El guitarrista hacía rodar en la boca el gusto del vino; el mismo vino le nublaba los ojos (luces verdes rojas el pelo de Nina al costado los vidrios) y le entorpecía los huesos; las manos se le iban durmiendo. Cuando el coche frenó Juan estaba bajando la persiana.

—Pajarito —dijo— ¿qué hacés?

El coche había quedado unos metros atrás. Nina prendía un cigarrillo: la llama pegaba en los vidrios, daba de vuelta en su cara, la hacía más flaca.

—Me olvidé el transporte —dijo el guitarrista.

—Andá, bajá, apurate ¿con quién estás?

—Con una amiga.

Nina se asomó, después bajó del coche, estirando las piernas. Tenía uno de esos vestidos de tela suave, como piel, que entraba en sus caderas, con ritmo.

—Juan —gritó Nina— ¿sos vos?

Se acercó corriendo y lo besó en la mejilla, entusiasmada. El guitarrista bajó la escalera, buscando la luz. La encontró, el sótano subía: las mesas desordenadas, las sillas, el piano abierto.

—Apagá todas las luces —le gritó Juan, cuando ya subía la escalera.



Nina se apoyaba en los hombros de Juan, jugaba con una punta de su corbata. Juan bajó la persiana de un tirón y le estiró la llave.

—Cerrá —ordenó.

Mientras daba vueltas a la llave, agachado, vió que Nina tenía una media corrida: una línea torsida en la que su pierna se hacía más blanca. Rozó con los dedos la pierna, el suave, suave nailon.

—¿Qué hacés? —dijo Nina.

—Tenés la media corrida —dijo el guitarrista.

—Cuidado con Pajarito —dijo Juan—, es peligroso.

Cruzaron otra vez las calles: el Peugeot tiraba adelante, volvía a recuperar los aledaños del bajo, oscuro bajo la llovizna. El vino se iba yendo; los huesos volvían a dolerle, a despertarlo. Cuando entraron en la cortada, arrancaba un patrullero.

—La cana —dijo Juan—, frená.

El coche paraba de a poco.

—¿A que se los llevaron? —dijo Nina—

El negro estaba regalado.

Estacionaron cerca de la puerta; el guitarrista abrió la ventanilla. Ahí estaba el dueño, con la guitarra en la mano.

—La chica esa francesa no tenía documentos —dijo—; fueron los dos. Acá quedó esto.

El guitarrista alcanzó la guitarra, tratando de meterla por la ventanilla sin tocar los vidrios. Alguien había abierto la funda; los papeles estaban amontonados, en desorden, asomando por el cierre corrido. Cuando salieron de la cortada, iba siendo de día, y una niebla lenta quebraba los edificios. Entraba frío, por algún lado. Nina lo miró por el espejo retrovisor.

—Te llevamos —dijo— ¿para dónde vas?

—Al centro —dijo el guitarrista—, dejenmé ahí nomás, en Talcahuano.

Del otro lado del Obelisco ya pasaban diarieros, camiones de basura, repartidores de pan. Se bajó en la misma esquina de la que habían salido. Parado en el cordón, golpeó la ventanilla. Juan abrió con desgano.

—Yo tenía que hablarte —dijo—, es por la plata de mi actuación.

—¿A esta hora? —dijo Juan— Hablamos mañana che.

Ya volvía a subir la ventanilla; se vio, contra la cara de Juan, inclinado para hablarle.

—Bueno, mañana. Pero llego más tarde, tengo que grabar.

La ventanilla volvió a bajar; cruzada sobre Juan, Nina le estiraba la mano.

—Bueno, hasta mañana —le dijo—, lástima que no pude escucharte. Una de estas noches vengo. ¿Cómo era que te llamabas?

El coche pegó un salto hacia adelante, esquivó un tacho de basura y picó por Talcahuano, dobló en Sarmiento. El guitarrista se levantó la solapa del sobretodo y entró al bar. Estaban baldeando y el agua lo arrinconó contra una mesa del fondo. Pidió un café por señas y casi enseguida el ruido del pocillo contra la mesa le hizo separar la cara del vidrio, desde donde la calle se miraba recta, profunda. Pagó ahí mismo y tomó el café despacio, revolviendo con la cuchara entre sorbo y sorbo. De algún lugar sacó un cigarrillo a medio consumir y una caja de fósforos. Trató de prender uno; estaban húmedos. El mozo estaba lejos, en el mostrador, y fumaba despacio. Guardó el cigarrillo. Con la manga limpió la mesa, y sacó el proyecto de la tapa. Alisó con las uñas las arrugas de la cartulina. Miró trazo por trazo: la guitarra cruzada, el título, el nombre de la mujer en letras barrocas, altas. Sacó un papelito del bolsillo. Miró el reloj. Con el papel en la mano fue hasta el teléfono y marcó. El timbrazo, allá, sonó durante un rato largo; puso el tubo a unos centímetros de sus oídos hasta que escuchó la voz.

—Señora Clarita —dijo—, habla el guitarrista.

Del otro lado hubo un murmullo apagado, dormido, y por fin el clic. Después la línea vacía, el viento. Colgó despacio y se acercó al mozo, mientras buscaba el cigarrillo a medio fumar.

EL SEXO DE LOS MARCIANOS

Por **COPI**



EDITORIAL ANAGRAMA

CONTINUARA

JUEGOS

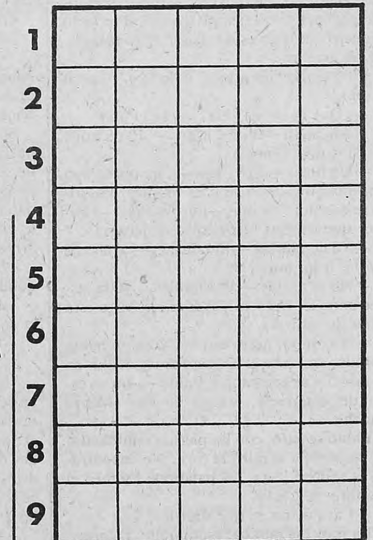
5 "LA SOPA DEL 7"

G	I	T	C	L	H	U	N	S	E
I	E	R	A	N	O	U	A	L	R
S	P	D	G	V	D	R	I	T	A
M	I	A	F	O	E	A	S	O	C
L	E	B	A	T	S	D	H	N	U
R	M	T	G	U	I	R	L	V	R
O	R	A	R	L	T	A	M	O	T
M	E	F	W	O	L	Y	D	H	X
A	D	A	G	L	U	P	I	T	A
T	M	F	I	R	A	N	L	V	R
V	L	M	X	E	M	V	A	M	E
O	A	C	I	T	L	R	D	A	T
U	N	E	P	N	A	U	P	R	I

Encuentre 7 medidas de longitud que pueden estar escritas en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

5 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primera palabra resultan "transformadas".



DEFINICIONES

1. Fardo.
2. Pecho.
3. Tosco, sin pulimento.
4. Hilván.
5. Masa blanda y plástica.
6. Divida.
7. Fig. persona indigna.
8. Fuste de columna.
9. Cosa pesada que se transporta.

5 NUMERO OCULTO

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene este intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
2	4	8	1	0	3
3	6	1	4	1	1
7	9	1	0	1	0
9	7	8	5	1	0

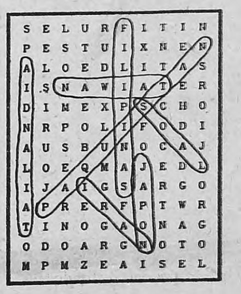
				B	R
				4	0
2	8	9	6	1	1
3	6	8	4	1	0
4	3	7	1	0	2
5	7	9	1	2	0

SOLUCIONES 4

"TRANSFORMACION"

JUNCO
JUNTO
JUSTO
BUSTO
BASTO
CASTO
CASTA
CESTA
MESTA

"LA SOPA DEL 7"



NUMERO OCULTO

1. 3897
2. 6320